



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-07-2023

Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y díles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto» (Juan 20,11-18).

Desde hace unos años, la Iglesia ya no celebra la memoria el 22 de julio, sino la fiesta litúrgica de Santa María Magdalena. El paso -de la memoria a la fiesta- se dio por indicación del Papa Francisco, quien en el pasado definió a María de Magdala como la discípula "al servicio de la Iglesia naciente".

Para nosotros, que este año celebramos la declaración de venerabilidad de Magdalena Aulina, es una hermosa ocasión para meditar en la santa cuyo nombre lleva la sierva de Dios.

¿Quién fue María Magdalena? El nombre deriva de Magdala, el pueblo de pescadores del que era originaria, en la orilla occidental del lago Tiberíades. Desde las fuentes más antiguas, se la llama "la apóstol de los apóstoles". Su testimonio nace del encuentro con Jesús vivo. Ella es la apóstol de la mayor esperanza.

Los evangelios la presentan como una "mujer pecadora", una mujer explotada y también despreciada por los que se creían justos. Pero también la presentan como una mujer que había ungido los pies de Jesús con aceite perfumado, los había mojado con sus lágrimas y los había secado con sus cabellos, y a quien Jesús dijo: Tus muchos pecados te son perdonados, porque amaste mucho.

María Magdalena fue una mujer valiente. Acompaña a María, la madre de Jesús, incluso bajo la cruz y llora de amor por él, porque la respetó como mujer, como criatura amada con un amor único, con un amor siempre dispuesto a perdonar. Y ella quedó impresionada por la mirada de amor y ternura de Jesús y creyó en él.

Es la mujer que, de madrugada, se arriesgó y corrió al sepulcro. Ha encontrado el sepulcro vacío y, mientras se detiene llorando frente al sepulcro, su Jesús la sorprende una vez más. Él debe curarla de la ceguera espiritual -ella lo confundió con el cuidador del jardín- y la desconcierta llamándola por su nombre: «¡María!». ¡Qué sublime sensación, qué asombro, qué ternura, debió sentir su corazón al escuchar su nombre, con ese acento único e inconfundible de su "maestro"!

El Papa Francisco dijo que «a veces, en nuestra vida, los anteojos para ver a Jesús son las lágrimas. Frente a la Magdalena que llora, también nosotros podemos pedir al Señor la gracia de las lágrimas. Es una gracia hermosa... Llorar por todo: por el bien, por nuestros pecados, por las gracias, por la alegría. El llanto nos prepara para ver a Jesús. Y que el Señor nos dé a todos la gracia de poder decir con nuestra vida: "He visto al Señor", no porque se me apareció, sino porque lo vi dentro de mi corazón».

¡Qué bello es pensar que la primera aparición del Resucitado se produjo de manera tan personal!

¡Qué dulce es pensar que hay alguien que nos conoce, que ve nuestro sufrimiento, nuestras lágrimas y nuestra desilusión, y se conmueve con nosotros, y nos llama por nuestro nombre! Sí, Dios se preocupa por nuestra vida. Nos lo quiere resolver. Para ello, nos llama por nuestro nombre, reconociendo el rostro personal de cada uno de nosotros. Cada hombre es una historia de amor que Dios escribe en esta tierra. Dios nos llama a cada uno de nosotros por nuestro nombre: nos conoce, nos mira, nos espera, nos perdona, tiene paciencia con nosotros. Él nos lo repara siempre, mientras corramos hacia él y confiemos en él. Su amor nos envuelve y nos abruma.

Magdalena Aulina era muy devota de la santa cuyo nombre llevaba. A menudo recurrió a su ejemplo. La consideraba una gran santa, porque se había arrepentido de sus pecados y había sabido levantarse; porque se había sentido amada por Jesús y alimentado un gran amor por el Maestro. *«No penséis que Santa María Magdalena lloraba por sus pecados porque sabía que la infinita misericordia de Dios lo había perdonado todo. Lloraba por el tiempo en que no había amado al Señor y por no saber amarlo aún más».*

Santa María de Magdala y la venerable Magdalena Aulina son dos mujeres que tenían un amor apasionado y fecundo por Jesús, las llamaba por su nombre y respondían.

También hoy, y siempre, Jesús sigue llamando por el nombre, para perdonar, para ayudarnos a levantarnos, para cuidar de cada uno. ¡Creámoslo! ¡Creamos en el amor, el amor verdadero! Porque, si el amor es sincero, puede vencer cualquier dificultad, como repetía la venerable Magdalena Aulina.

